



Bajo sospecha

Relatos policiales



“Una novela negra no es la historia de una rubia de piernas hermosas que llega a la oficina de un detective privado porque quiere encontrar a su marido. O no es solo eso. En primer lugar, las novelas del género colaboran con la formación política del lector, cuentan historias que es necesario leer en relación con el sistema social en el que vivimos”.

Juan Mattio

Roberto Bardini

Buenos Aires, 1948

Periodista y escritor, fue corresponsal de guerra en Costa Rica, Belice, El Salvador, Nicaragua, Irak y el Líbano, entre otras luchas armadas e insurrecciones. Sus notas periodísticas fueron publicadas en las revistas *Cambio y Humor* y en los diarios *El Día* y *Página 12*. Colaboró con varias agencias de noticias, como Notimex, Agencia Nueva Nicaragua y Salpress. Como periodista publicó *Belice, la historia de una nación en movimiento* (1978); *Edén Pastora, un cero en la historia* (1984) y *Rebeldes en penumbras. Vidas ilustres de hombres olvidados, ignorados o condenados* (2013), entre otras. Es autor de numerosos cuentos policiales que pueden leerse en felipemarlowe.wordpress.com.

Una cuestión de química, digamos

—**L**O HE INVESTIGADO MINUCIOSAMENTE y usted es el hombre —fanfarronea el gordo de sonrisa torcida—. Y espero que este primer trabajo que voy a encargarle sea el inicio de una... digamos... fructífera relación de conveniencia recíproca.

El gordo es ostentoso, desagradable. Hace veinte minutos que habla sin parar.

Está sentado frente a mi destartalado escritorio e intenta imitar los modales y el lenguaje de los hombres de negocios. Viste un traje de seiscientos dólares, la corbata es de seda y el anillo tiene casi el mismo tamaño que un escudo medieval. Su reloj debe costar el equivalente a seis meses de alquiler de mi oficina en el barrio de Monserrat. Pero a pesar del decorado y la utilería que lleva encima, el tipo es más ordinario que un diente de madera.

Mientras habla, lo he fichado mentalmente.

Ostentoso
*Que muestra
exageradamente
lujos y riquezas.*

Free lance

Persona que trabaja por su cuenta, sin contrato laboral.

Es un operador *free lance* de cuarta categoría. Un alcahuete más de los tantos que merodean despachos políticos, reptan el ambiente empresarial, zigzaguean la farándula y se fotografían con vedettes tan de cuarta como ellos mismos. Pertenece a la fauna de los que de la noche a la mañana pasaron del bofe frito al bife de lomo y del vino común de mesa al Achaval Ferrer. Y como ellos, es un tipo detestable, utilizable, descartable.

—El trabajo es sencillo —me ha dicho luego de preguntarme si mi pasaporte estaba en regla—. Una vez por mes, o cada dos, deberá viajar a Panamá. Allí hará un trasbordo hacia otro país centroamericano o caribeño sin pasar por el control aduanero. Llevará como equipaje de mano un maletín... con cinco o seis kilos de dólares. Se dice fácil, pero son millones, ya me entiende. También llevará en la solapa una pequeña identificación que evitará la revisión del maletín al llegar a destino. Es una operación segura, sin riesgos.

Hace una pausa para ver el efecto de sus palabras.

Seguramente espera que yo me desmaye de emoción, me dé taquicardia o pierda el control de esfínteres. Continúo observándolo en silencio, con expresión de pescado de aguas frías. Si espera alguna emoción de mi parte es que no me ha investigado tan minuciosamente.

—Depositará los dólares cada vez en un banco diferente, de tres o cuatro que le indicaré en su momento. Y su comisión será... digamos... de medio kilo, además de viáticos y todos los gastos de alojamiento en hoteles de cinco estrellas.

Dice que dentro de tres días él mismo me llevará al aeropuerto. Mi avión saldrá a la una de la mañana con destino a Panamá. Allí tomaré otro vuelo rumbo a Belice.

—Ahora que finalmente lo conozco, confío en usted —agrega—. Es una cuestión de química, digamos.

Y me entrega dos mil dólares como adelanto. Solo por eso soporto otros veinte minutos de fanfarronadas. Cuando se despide y me da la mano, siento que estrujo el hígado de una gallina con peste aviar.

Hace mucho tiempo que no veo esa cantidad de billetes, uno sobre otro.

Abro la última gaveta de mi escritorio, saco la botella de whisky barato y me zampo un trago doble. Miro el techo a punto de caerse, las paredes descascaradas, la alfombra raída y le doy vueltas en la cabeza a mi próxima faena. Por fin se ha presentado mi primera buena oportunidad en todos los años que llevo en este oficio inmundado.

Faena

Tarea o trabajo que requiere un esfuerzo físico o mental.

Llamo por teléfono a mi amiga Candela. Le digo que a la noche no vaya al puticlub donde trabaja porque finalmente tengo buenas noticias y un mejor plan. Desde hace años los dos buscamos la salida del miserable pozo de mierda donde transcurren nuestras vidas.

Salgo a la calle y disfruto el frío: me gusta el invierno de Buenos Aires. Camino por Avenida de Mayo hasta la esquina y compro una botella de Glenlivet, el escocés *single malt* que, según la publicidad, tiene “el auténtico sabor del contrabando”. Hago tres cuadras hasta Esmeralda y Rivadavia, entro a James Smart, recorro el salón, observo los exhibidores. En quince minutos elijo un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata tejida azul. No me importa caminar seis cuadras más con todas mis compras hasta el viejo edificio de departamentos donde vivo. De

pasada, entro a una joyería, compro un par de aros Swarovski y pido que lo envuelvan para regalo.

En casa, pongo a Guns N'Roses a todo volumen en el viejo equipo de música y me doy una ducha bien caliente. Después, en calzoncillos, abro la botella de Glenlivet y disfruto un trago doble de verdad, sin hielo ni agua. Tengo el estómago vacío porque a mediodía solo comí un raquí-tico sándwich de queso, pero no importa.

Y a la noche voy con Candela a cenar a Lalo.

Hace mucho tiempo que no compartimos una buena comida con buen vino y buen postre en un buen restorán, y ella se lo merece. En los últimos meses, con tal de que salgamos del hoyo, Candela participa en casi todos mis asuntos. Le describo en voz baja la visita del gordo de sonrisa ladeada, la propuesta de viajar, el maletín. Le cuento que el tipo me aseguró que era una operación segura, sin riesgos. Cuando termino de contarle y le digo que el único problema es que yo no tengo mi pasaporte en regla, casi nos ahogamos de la risa. También hace mucho tiempo que no nos reímos a las carcajadas.

Y al final, mientras tomamos café, le entrego el pequeño paquete.

Ella quita cuidadosamente el lujoso envoltorio, abre el estuche y da un gritito. Se levanta de la silla y me estampa un tremendo beso delante de todo el mundo, la muy zorra. Detesto el exhibicionismo, las muestras públicas de afecto, pero no digo nada. El mozo nos obsequia dos copas de champán. Prefiero la sidra, pero un gesto es un gesto y antes de irnos le dejo una buena propina.

A pesar del frío vamos caminando abrazados cinco cuadras hasta Rivadavia y Talcahuano, donde ella vive. Como es cerca, preferimos ir a pie. Tenemos un coche viejo y abollado, que solo utilizamos en casos especiales: no podemos gastar en estacionamiento. Y en su casa, ya metidos en la cama y desnudos, hacemos como bestias lo que mejor sabemos hacer. Es placentero, nos mantiene unidos y resulta gratis.

Tres días después, el gordo me lleva al aeropuerto en su Audi R8. En la autopista fanfarronea que es el mismo modelo que usaba Leo Fariña, un tipo igual de ostentoso y desagradable, aunque mucho más delgado.

—Pero digamos que espero no terminar igual que él, detrás de las rejas —comenta con su sonrisa torcida.

“No”, pienso. “Digamos que vas a terminar mucho peor”.

Soporto sus bromas un par de kilómetros. Yo tengo puestos un abrigo y guantes, y eso le parece divertido.

—Usted va al Ca-ri-be, amigo —dice—. Al tró-pi-co. Chévere, chévere, ¿entiende?

Cuando falta poco para llegar, me doy vuelta y miro hacia atrás.

—Nos están siguiendo —le informo—. Hay un coche que viene detrás de nosotros desde la primera caseta de peaje.

Observa por el espejo retrovisor.

—¿Le pidió a alguien que nos custodiara? —pregunto.

—No...

—Si empiezo a sospechar que está mintiendo, este negocio se termina aquí mismo y pegamos la vuelta a Buenos Aires. ¡Dígame la verdad, carajo! ¡Llevamos un montón de plata y esto no es un jueguito!

—Le estoy diciendo la verdad... Se lo juro...

—¿Quién más sabe que esta noche vamos al aeropuerto?

—El dueño del dinero y la persona que me lo entregó...

Pero ninguno de los dos conoce su nombre.

Eso seguramente es mentira, pero no me preocupa: hace años que no utilizo mi verdadero nombre. Lo que sí me inquieta un poco es que se haya filtrado el dato del maletín con los dólares. Vivimos tiempos violentos: hoy cualquiera te mata para robarte un reloj o una mochila.

—Bueno... —agrega el gordo—. También lo sabe una novia que tengo.

—¿Una mina? ¡Putra madre! ¿Quién es? ¿Dónde la conoció? ¿Cuánto hace que la conoce?

—Le dicen Candela... pero no sé si se llama así —tartamudea—. La conocí... en un cabaret. Hace tres meses que estamos saliendo. Es una buena mina, se lo aseguro... Y quiere cambiar de vida.

—Sí, sí. Todas quieren cambiar de vida. Y son capaces de hacer cualquier cosa por salir del pozo, las muy putas.

Vuelvo a mirar hacia atrás. El automóvil sigue detrás de nosotros.

—Fue ella quien lo recomendó a usted para este trabajo —balbucea el fanfarrón, ahora menos fanfa—. Y le aseguro que conoce gente, se entera de cosas, habla con policías, con informantes...

—Sinceramente, creo que usted es un gordo pelotudo —le digo con toda la amabilidad que me es posible.

Se queda callado. Parece a punto de hacer pucheritos como un bebé.

—Bien —digo—. Vamos a comprobar si nos siguen. No acelere, siga a la misma velocidad. Cuando pueda, salga de la autopista, estacione entre los árboles y apague las luces.

Obedece sin decir media palabra. En la primera salida, toma un camino lateral que zigzaguea en un sendero de tierra, se detiene entre unos arbustos y apaga las luces. Pocos minutos después vemos los faros de un automóvil que se desplaza a baja velocidad por el sendero buscándonos en la oscuridad.

—Sí, nos están siguiendo —digo y desenfundo mi Glock 19 Compact—. ¿Usted está armado?

—No, no...

Transpira, a pesar de que es invierno. Me doy cuenta de que dice la verdad: pertenece a esa manada de inútiles incapaces de llevar siquiera la fotocopia de una pistola de aire comprimido en el bolsillo trasero del pantalón.

—Bueno, quédese tranquilo. Creo que puedo controlar esto.

Salgo del coche y tomo posición de tiro parapetado en la parte delantera. Cuando el otro vehículo está a menos de diez metros, apunto cuidadosamente y disparo tres veces.

Sin moverme de mi posición, observo a través del parabrisas roto del Audi R8.

La cabeza del gordo parece una cacerola destrozada llena de hamburguesas crudas.

Se fue de este mundo sin darse cuenta de que se iba y no hubo dolor en su partida, pero no merecía tanta consideración. Según él, me había investigado minuciosamente. Tendría que haberse enterado que detesto viajar en

avión, nunca me alojo en hoteles de cinco estrellas, no me gusta la comida caribeña ni la gente de los países centroamericanos y, sobre todo, no tolero el clima tropical. Y los que me conocen saben que no soporto a los fanfarrones. Es una cuestión de química, digamos.

Mañana, cuando encuentren el cadáver, los sagaces sabuesos de homicidios descartarán el robo al ver que el fiambre conserva el anillo, el reloj y la billetera. Probablemente pensarán en un crimen pasional, una venganza algo así, pero no tendrán ninguna pista. Y nadie denunciará la desaparición de millones de dólares destinados a salir ilegalmente del país. En un mes será un crimen irresuelto más, un caso archivado, un dato para las estadísticas.

El gordo no podía saberlo, pero yo no era el hombre indicado para llevar el maletín porque desprecio a los ríchachones que envían divisas al exterior. Sacar dólares del país me parece un asunto muy feo, ilegal y antipatriótico. No todo tiene precio en esta vida y uno debe mantener sus convicciones.

Es una noche agradable. Hay una luna llena enorme, brillante. Vuelvo a colocarme la pistola en el cinturón, recojo del suelo los casquillos vacíos y los meto en un bolsillo. Saco del Audi el maletín con los dólares y camino hacia los faros del coche que nos ha seguido. Es un modelo viejo, tiene abolladuras y necesita varios retoques de pintura, pero seguiremos usándolo bastante tiempo más para no llamar la atención. Abro la destartada puerta del acompañante y subo. Me quito los guantes y los arrojo al asiento trasero.

—¿Cómo salimos de aquí? —pregunta Candela.

—No tengo la más pálida idea, pero no te preocupes —digo y le doy unas palmaditas al maletín—. A partir de ahora tenemos toda la vida para encontrar una salida.



Este cuento se publicó en *Doce relatos oscuros*.

Si te gustó...

Cuentos para tahúres y otros relatos policiales, de Rodolfo Walsh;
La Polio, de Miguel Molfino; *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett;
Una cama terriblemente rara, de Wilkie Collins; *Operación Masacre*,
dirigida por Jorge Cedrón; *Tiempo de revancha*, dirigida por Adolfo
Aristarain; *Gallito ciego*, dirigida por Santiago Carlos Oves; *Columbo*,
creada por Richard Levinson y W. Link.



Coordinación editorial

Daniela Allerbon

Edición

Pilar Amoia, Bárbara Talazac y Ariadna Castellarnau

Asistencia editorial

Débora Ruiz, Florencia Argento y Daniela Valeiro

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Jimena Celis

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Digitalización

Biblioteca Nacional

Agradecimientos

Facundo Piperno, Laura Ponce, Luis Mazzarello.
